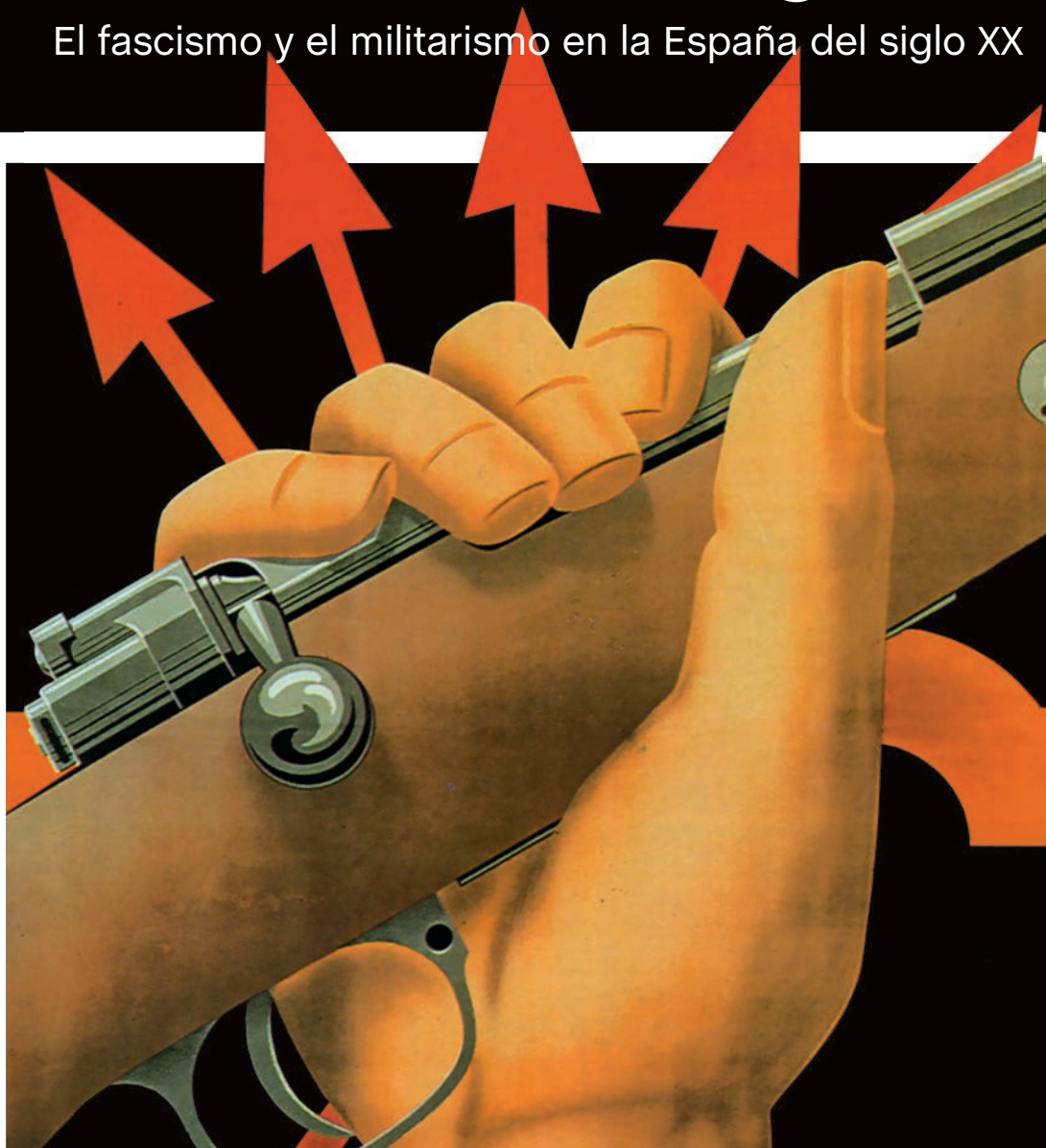


Paul Preston

La política de la venganza

El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX



Paul Preston
La política de la venganza

El fascismo y el militarismo en la España del siglo xx

ediciones península

Título original: *The Politics of Revenge*

© Paul Preston, 1990, 1995

*This edition published by arrangement with Éditions Tallandier
in conjunction with their duly appointed agents L'Autre agence,
Paris, France and The Ella Sher Literary Agency*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: diciembre de 1997

Primera edición en esta presentación: enero de 2020

© de la traducción del inglés de los capítulos 4, 6 y 8:
Carlos Manzano de Frutos, 1997

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020

Edicions Península
Avda. Diagonal, 662-664

08034 - Barcelona
edicionesperinsula@planeta.es
www.edicionesperinsula.com

VÍCTOR IGUAL - fotocomposición

DEPÓSITO LEGAL: B. 26.307-2019

ISBN: 978-84-9942-878-9

ÍNDICE

Nota del autor	11
Prefacio	13
Cronología	19

PRIMERA PARTE LA DEFENSA DEL PASADO

1. La resistencia a la modernidad: fascismo y militarismo en la España del siglo xx	27
2. La guerra de aniquilación de Franco	69

SEGUNDA PARTE SOBREVIVIR AL PRESENTE

3. Venganza y reconciliación: la guerra civil española y la memoria histórica	105
4. Franco y la tentación del Eje	132
5. Franco y sus generales, 1939-1945	187

TERCERA PARTE LOS INSTRUMENTOS DE LA DICTADURA

6. Populismo y parasitismo: la Falange y la clase dirigente española, 1939-1975	229
7. Destino y dictadura: el ejército español y el régimen de Franco, 1939-1975	260

CUARTA PARTE
RESURRECCIÓN DEL PASADO

- | | |
|---|-----|
| 8. El encierro en el búnker: la extrema derecha
y la lucha contra la democracia, 1967-1977 | 315 |
| 9. El miedo a la libertad: el ejército español
después de Franco | 329 |

ANEXOS

- | | |
|-------------------------------|-----|
| Lecturas complementarias | 375 |
| Índice onomástico y analítico | 383 |

I

LA RESISTENCIA A LA MODERNIDAD: FASCISMO Y MILITARISMO EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX

En el verano de 1936 secciones importantes del cuerpo de oficiales del ejército español se alzaron en armas contra la Segunda República. Los oficiales implicados en el golpe estaban convencidos de que intervenían para salvar a su país de la desintegración del orden público, de la desintegración de la unidad nacional y de oleadas del desorden proletario inspirado por agentes extranjeros. Pensaban que actuaban de manera desinteresada, inspirados solamente por los valores más altos del patriotismo.¹ De hecho, el alzamiento militar, la consiguiente guerra prolongada entre 1936 y 1939 y la dictadura que institucionalizó la victoria final de los rebeldes compartían una función partidista social y política. La función, aunque no la intención, de los rebeldes militares en 1936 y de los líderes militares de España después de 1939, fue, además de extirpar el regionalismo y reafirmar la hegemonía del catolicismo institucionalizado, proteger los intereses de la elite agrario-financiero-industrial. De hecho, lo que hacían era proteger a la oligarquía terrateniente reaccionaria de una reforma en profundidad de las obsoletas estructuras económicas vigentes en España.

En el año de 1936, debido a varias razones complejas, la sublevación militar podía contar con bastante apoyo popular. Éste, que equivalía, en términos generales, a las fuerzas electorales conjuntas de los principales partidos derechistas

1. Gabriel Cardona, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil* (Madrid, 1983), pp. 197-247.

de la Segunda República,² se consolidó durante el curso de la guerra civil debido a las convicciones religiosas reafirmadas por la devoción de la Iglesia católica a Franco, el temor alimentado por el terror político, la lealtad geográfica de las personas cuyo instinto de supervivencia les dictó la adhesión a la causa nacional, la intensificación bélica de pasiones y odios provocada por las atrocidades experimentadas en ambas zonas, y la capacidad de la dictadura victoriosa para adjudicar promociones. Esto no implica que la dictadura franquista fuese tan popular como pretenden sus propagandistas, sino que reconoce simplemente que la dictadura tenía una base autónoma de apoyo y que no era simplemente el instrumento de un grupo aislado de soldados y plutócratas.³ El mecanismo por el cual los militares movilizaron y encauzaron aquel apoyo popular fue la organización ampliamente extendida de la derecha, el «Movimiento», o más formalmente, la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, creada artificialmente por la unifica-

2. Aunque existe una bibliografía ingente de estudios electorales regionales, no hay un estudio satisfactorio de la geografía electoral de la España de los años treinta. La mejor visión de conjunto sigue siendo Jean Bécarud, *La Segunda República española 1931-1936: ensayo de interpretación* (Madrid, 1967). Véanse pp. 97-104, 125-41, 155-83. Javier Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, 2 vols. (Madrid, 1971) es el mejor estudio de las últimas elecciones antes del alzamiento militar, véase vol. II, pp. 22-58. En cuanto al partido de masas más grande de la derecha, la CEDA, cuya militancia de base se alistó en los ejércitos de Franco durante la guerra civil española, existe el estudio general de José R. Montero, *La CEDA: el catolicismo social y político en la II República*, 2 vols. (Madrid, 1977). Véase vol. II, pp. 271-336.

3. El aislamiento de la camarilla de Franco era un elemento constante de los análisis del Partido Comunista de sus propias necesidades estratégicas. Véase, por ejemplo, Partido Comunista de España, *¡Por la Unión Nacional de todos los españoles contra Franco, los invasores germano-italianos y los traidores!* (México D.F., 1941); Fernando Claudín, *Las divergencias en el Partido* (s.l., pero París, 1964), pp. 9-17.

ción forzada de los partidos políticos de la órbita de Franco en abril de 1937.⁴

La «Unificación» sólo formalizó el hecho de que el régimen franquista estuviera construido sobre una coalición de fuerzas entrelazadas y vinculadas, falangistas, carlistas, católicos autoritarios y monárquicos aristocráticos. La coalición nacionalista fue legitimada por la Iglesia católica y dominada por su propia guardia pretoriana. Siempre habría cierta rivalidad por el poder entre los grupos componentes, aunque los conflictos fueron normalmente moderados y rara vez degeneraron en violencia. Las hostilidades dentro del régimen se vieron limitadas por una conciencia de la necesidad de aferrarse entre ellos en contra de la izquierda vencida. Se dice a menudo que la suma habilidad del general Franco fue su destreza para manejar, en pro de sus propios intereses, la competencia entre sus seguidores. Sería incorrecto pensar, sin embargo, que ello implicara que no fueron colaboradores de buena voluntad en sus malabares juegos políticos. La propia posición del Caudillo nunca estuvo seriamente amenazada durante treinta y ocho años de poder dictatorial.

El hecho de que a Franco le desafiaran tan poco reflejaba tanto el poder del ejército dentro de la derecha española como el cuidado que el mismo Franco dedicó a sus relaciones con el propio ejército. Aunque había de verse finalmente rebajada en la dictadura, el ejército mantuvo una posición privilegiada, en cierta medida *au dessous de la mêlée*. Los únicos aspirantes a dominar la organización franquista procedían de la Falange, y aun así sólo durante los primeros años del régimen. No es sorprendente que los dos instrumentos más poderosos del franquismo, lo civil y lo militar, que se unieron bajo presión durante la guerra civil y nuevamente durante los últimos días

4. Maximiano García Venero, *Falange en la guerra de España: la unificación y Hedilla* (París, 1967); Herbert R. Southworth, *Antifalange: estudio crítico de Falange en la guerra de España* (París, 1967).

de la dictadura, entretanto resultaran ser rivales. Las tensiones experimentadas entre ambos iban a ser más agudas durante la segunda guerra mundial, cuando la Falange parecía quizá más fuerte de lo que realmente era. Las filas de la Falange se llenaban de nuevos reclutas procedentes de otros partidos y su influencia había aumentado gracias al éxito militar de Hitler y a las maquinaciones de la embajada alemana.⁵ Después de 1945, su fuerza había de desvanecerse lentamente. Durante la guerra, sin embargo, la Falange había de ser partidaria acérrima de la participación de España en la segunda guerra mundial del lado del Eje. Aunque no faltaban oficiales fascistas, muchos de los generales superiores, que eran invariablemente católicos y a menudo monárquicos, adoptaron un tono patriótico y despreciaban a los falangistas como gente indigna y presuntuosa. Aún más, a diferencia de los fanáticos ideológicos de la Falange, después del desmantelamiento de la guerra civil, el alto mando se mostraba cauteloso en cuanto a comprometerse de alguna forma con el Eje, a pesar de su admiración por el valor militar de los alemanes.

Hacia 1943 la pugna interna por el poder iba en contra de la Falange. Mientras la posición del ejército se mantenía tan fuerte como siempre, después de la caída de Mussolini la voz de la Falange quedó algo acallada. En la situación resultante de la segunda guerra mundial, la influencia de la Falange dentro de la dictadura fue rebajada por Franco, quien, deseoso de liberarse del estigma de sus vinculaciones fascistas y con el Eje, comenzó a buscar servidores políticos superiores en las filas de los católicos autoritarios.⁶ La Falange, sin embargo,

5. Klaus-Jörg Ruhl, *Franco, Falange y Tercer Reich: España durante la segunda guerra mundial* (Madrid, 1986), pp. 45-74, 167-211. Véase la versión muy pintoresca de Aline, condesa de Romanones, *The Spy Wore Red: My Adventures as an Undercover Agent in World War II* (Londres, 1987), pp. 110-14.

6. Javier Tusell, *Franco y los Católicos: la política interior española entre 1945 y 1957* (Madrid, 1984), pp. 52-79.

aún mantenía una posición importante en los gabinetes de Franco. Fuera del gobierno, la Falange tenía una base de poder sustancial y lucrativa. Controlaba una enorme cadena de prensa a nivel nacional y provincial, el sistema sindical del Estado y ejercía además una terrible influencia a través de sus organizaciones de masas, el Frente de Juventudes y la Sección Femenina.⁷ Durante las décadas subsiguientes, esta influencia había de ir perdiendo importancia de manera inexorable. Como consecuencia de los cambios sociales y económicos que conducían a España hacia la integración definitiva en una Europa democrática, su retórica resultó ser anacrónica. Irónicamente, a pesar de su posición más fuerte en lo fundamental, los militares también habían de perder importancia política. Ése sería el precio a pagar por consentir en la degradación profesional bajo Franco a cambio de privilegios políticos y por anteponer la defensa de la dictadura a la de la nación.⁸ En los últimos años de la década de los cincuenta el desarrollo económico de España había alcanzado tal punto que una dictadura militar constituía un obstáculo claro para el proceso de crecimiento. De esta manera, los militares y la Falange se unieron otra vez. Existía un *rapprochement* entre ambos, favorecido por el hecho de que, desde los años sesenta en adelante, los rangos superiores del ejército estuvieron dominados por simpatizantes falangistas que habían llegado a ser alféreces provisionales durante la guerra civil. Ya no podían contar con el apoyo po-

7. En cuanto a la prensa, véase Javier Terrón Montero, *La prensa de España durante el régimen de Franco* (Madrid, 1981) y Justino Sinova, *La censura durante el franquismo* (Madrid, 1989); sobre los sindicatos corporativos, véase Miguel A. Aparicio, *El sindicalismo vertical y la formación del Estado franquista* (Barcelona, 1980); sobre el Frente de Juventudes, véase Juan Sáez Marín, *El Frente de Juventudes: política de juventud en la España de la postguerra (1937-1960)* (Madrid, 1988); sobre la Sección Femenina, véase María Teresa Gallego Méndez, *Mujer, Falange y franquismo* (Madrid, 1983).

8. Sobre el precio pagado por el ejército por sus lazos con la dictadura de Franco, véase el capítulo 7, «Destino y dictadura».

pular de que habían disfrutado al final de la guerra civil y generales aislados y falangistas se unieron en una serie de empresas desesperadas para destruir el régimen democrático que se estableció después de la muerte de Franco.⁹

Las diferencias existentes entre los oficiales del ejército de los años 1931-1936 y los de los años 1973-1981 demuestran los cambios enormes que habían tenido lugar en la derecha española durante la dictadura franquista. En la década de 1930 los oficiales estaban convencidos de que defendían los valores nacionales fundamentales, la integridad territorial de España, la Iglesia católica y a la oligarquía terrateniente contra las amenazas procedentes de Moscú. Además, al asumir el papel de defensores de la «verdadera» España podían estar seguros de representar a grandes sectores de la sociedad. Cuando tuvo lugar el alzamiento, el 18 de julio de 1936, las redes de la prensa moderna y sumamente politizada de la derecha los apoyaban sin reserva desde hacía meses o incluso años. Con esto, se garantizó el enorme apoyo perceptible en la geografía electoral de la derecha durante la Segunda República. Las partes más encumbradas de la jerarquía eclesiástica les apoyaba. Los banqueros y los industriales les consideraban como salvadores. Por tanto, el orgullo de los oficiales superiores de los años cuarenta no fue exclusivamente consecuencia de su victoria militar, sino también de su inamovible confianza de que desempeñaban un papel hegemónico en la sociedad española, con la aprobación de la Iglesia, la elite económica y numerosos españoles católicos.

Por contra, durante los últimos días del régimen franquista muchos oficiales del ejército se vieron por completo divorciados de la sociedad. En los últimos años de la década de 1960

9. Véase el capítulo 8, «El encierro en el búnker», y el capítulo 9, «El miedo a la libertad». Para el contexto político más amplio de la transición a la democracia, véase Paul Preston, *El triunfo de la democracia en España* (Madrid, 1986).

la Iglesia había retirado su apoyo al régimen de Franco, favoreciendo el creciente clamor popular por la democracia. Los sectores más dinámicos de la banca y de la industria apostaban por el cambio democrático. Después de la muerte de Franco, los sondeos de la opinión pública y las subsiguientes elecciones demostraron que la ultraderecha franquista ya no volvería a disfrutar de más del 3 % del apoyo popular, y que casi todo se concentraba en las dos Castillas.¹⁰ Aunque la retórica de los conspiradores militares a finales de los años setenta apenas se diferenciaba de la que se oía en las salas de banderas durante los años cuarenta, ahora se hablaba no con orgullo sino con resentimiento. Los conspiradores de 1936 podrían creer razonablemente que estaban salvando España, no para todos los españoles, pero ciertamente para los que importaba. En cambio, los golpistas resentidos de 1981 estaban amargados, ya que ni a esos españoles que importaban les interesaban los valores de la guerra civil.

Las transformaciones de la estructura social y de los niveles de desarrollo económico dentro de España, junto con los cambios políticos en el mundo exterior, explican la evolución dramática de los papeles tanto del fascismo como de los militares dentro del repertorio franquista. En el turbio crepúsculo político de la decadencia senil de Franco, aquellos cambios habían hecho obsoletos la dictadura, su aparato falangista y sus defensas militares. Sin embargo, tanto falangistas como oficiales del ejército se ocuparon de la defensa de su régimen. Después de eso, la extrema derecha, civil y militar, conocida colectivamente con el nombre del «búnker», trabajó desesperadamente para derrumbar el proceso de democratización. El hecho de que algunos sectores del ejército y del Movimiento

10. *El País*, 3 marzo 1979, 21 noviembre 1982; Fundación Foessa, *Informe sociológico sobre el cambio político en España 1975-1981*, 2 vols. (Madrid, 1981), vol. I, pp. 503-6; *Diario 16, Historia de la transición*, 2 vols. (Madrid, 1984), vol. II, pp. 466, 580.

se negasen a desvanecerse junto con su Caudillo o a buscar algún tipo de *rapprochement* con la monarquía constitucional fue la consecuencia natural del papel que la dictadura asignó a cada uno de ellos.

La relación entre el fascismo y el ejército en España cambió de forma notable durante la dictadura, pasando de la alianza insegura durante los años de la guerra civil a algo más compenetrado durante los años setenta. De hecho, la preeminencia política del ejército al tomar la delantera en el asalto contra la Segunda República y durante la dictadura franquista se ha utilizado para absolver al franquismo de la acusación de fascismo. No obstante, no se podría decir que la cooperación existente entre el ejército español y la Falange durante la guerra civil fuese como una relación entre amo y criado. Se diferenciaba de la relación que existía entre la Wehrmacht y el partido nazi, o la que existía entre el ejército italiano y el partido fascista, ya que el ejército español ejercía el papel claramente dominante. En los tres casos, sin embargo, el partido fascista y el ejército constituyeron elementos importantes dentro de una alianza contrarrevolucionaria más amplia. En cada país, por razones relacionadas con las tradiciones específicas de las fuerzas armadas, por su historia reciente y por las especiales circunstancias nacionales de la aparición de grupos contrarrevolucionarios, el equilibrio de fuerzas dentro de esa alianza era distinto.

El ejército italiano estuvo más subordinado al dictador que el ejército español. Sin embargo, la intención de líderes fascistas como De Vecchi, Farinacci y Balbo de *fascistizzare* el ejército se frustró. Además, las actividades de las milicias fascistas se restringieron.¹¹ El proceso por el cual Hitler pasó del respeto hacia el cuerpo de oficiales alemanes a un dominio despectivo del mismo fue muy complejo y se prolongó durante más de cinco años. Sin embargo, aunque las circunstancias fueron

11. Giorgio Rochat y Giulio Massobrio, *Breve storia dell' Esercito italiano dal 1861 al 1943* (Turín, 1978), pp. 201-16.

algo distintas y las consecuencias tardaron más en materializarse, la introducción de elementos nazis como parte del gran crecimiento de la Wehrmacht tuvo su paralelo español en la proliferación de alféreces provisionales durante la guerra civil.¹² Es en el personaje y en las preocupaciones políticas del líder de la alianza contrarrevolucionaria donde se encuentra una diferencia sustancial. Por consiguiente, el hecho de que tanto Mussolini como Hitler ejercieran un control personal de la maquinaria militar aseguró que el ejército italiano y alemán no serían elementos de limitación a la hora de elaborar la política extranjera. Franco, a pesar de ser un general, rechazaba los intentos de los altos mandos de convencerle de que se opusiera a la tentación del Eje.¹³ En los casos español, alemán e italiano, en la cooperación de partidarios patricios, oficiales del ejército y activistas fascistas hubo, además de entusiasmo sincero, transacciones y servidumbres, desprecio mutuo y resentimiento oculto.

En el campo de las relaciones fascistas-militares, las definiciones científicas son una quimera. Parte del atractivo de limitar el estudio del fascismo en España a la Falange se encuentra en el hecho de que así se evita diestramente cierto número de problemas interpretativos e ideológicos. En el supuesto de que se pueda reducir el fascismo español al frágil híbrido fundado por José Antonio Primo de Rivera, entonces cabe excluir a otros grupos de la derecha autoritaria, como la CEDA o Renovación Española, de una discusión del tema. Lo que es más importante es el hecho de que después de la guerra civil, Franco mutiló a la Falange, con lo que libró a su régimen de ser

12. Klaus-Jürgen Müller, *The Army, Politics and Society in Germany 1933-45* (Manchester, 1987), pp. 29-41; sir John Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power: The German Army in Politics 1918-1945* (Londres, 1953), pp. 289-74; Gordon A. Craig, *The Politics of the Prussian Army 1640-1945*, 2.^a ed. (Nueva York, 1964), pp. 469-503.

13. Véase el capítulo 5, «Franco y sus generales».

considerado fascista. En la medida en que sea posible una definición exacta, es muy posible que el régimen franquista no fuera fascista. La inferencia de que su régimen era, por tanto, moralmente algo menos desagradable, simplemente «conservador» o quizá autoritario, es insostenible. Puede que sea legítimo rechazar la apariencia fascista del régimen y sus relaciones íntimas y dependientes con el fascismo italiano y el nazismo alemán como disfraces cínicos o alianzas circunstanciales. Sin embargo, en lo que se refiere al encarcelamiento, la tortura y la ejecución de su clase obrera y de sus enemigos liberales su historial invita a una comparación seriamente desfavorable con el fascismo italiano. En efecto, tal como había de observar Himmler en 1940, el régimen franquista se mostraba más brutal en su tratamiento de la clase obrera española que el Tercer Reich con los obreros alemanes.¹⁴

En el supuesto de que los principales criterios para definir el fascismo sean el estilo y la ideología y no la función social y económica, entonces es inevitable la elección exclusiva de la Falange Española como el candidato español. Su culto a la violencia contribuyó a la desestabilización de la Segunda República. Sus milicias de camisa azul, con sus saludos romanos y sus cantos rituales, parecían indicar que estaban imitando los modelos nazis y fascistas. Este capítulo, sin embargo, sostiene que cualquier investigación significativa del fascismo en España tiene que desligarse de los límites que supone considerar de forma aislada la Falange Española. Hay dos premisas que impulsan el debate hacia parámetros cronológicos y políticos más amplios. La primera es que no se puede entender la naturaleza del fascismo en España sin considerar el atrasado capitalismo agrario del país y la crisis que experimentaba durante la década de 1930. La segunda es que aquella crisis fomentó la elaboración de medidas políti-

14. Ramón Garriga, *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, 2.^a ed. (Puebla, México, 1970), pp. 207-9.

cas extraordinarias en la forma de la coalición contrarrevolucionaria que luchó en la guerra civil. La alianza nacionalista era análoga a los grupos contrarrevolucionarios que aparecieron en Italia y Alemania como una reacción a sus propias crisis nacionales. Difería en su equilibrio de las fuerzas componentes, pero con todo desempeñaba un papel estructural comparable. Se sostiene, por tanto, que la búsqueda de un fascismo español debería de considerar en conjunto la coalición franquista unificada. Visto así, la Falange Española se convierte en uno de los grupos, el más servil, de los que colaboraron para defender a la oligarquía asediada de España siendo el ejército el otro.

La inestabilidad política que tanto alarmó a los oficiales y les impulsó a lanzarse al golpe militar del 18 de julio de 1936 era real. Era, en parte, producto de la desesperación de la clase trabajadora y de los conflictos internos entre distintos sectores del movimiento obrero ante la depresión económica y ante la resistencia intransigente de la oligarquía a cualquier cambio.¹⁵ De modo más inmediato, fue el fruto de un deliberado programa de desestabilización auspiciado por los terratenientes y empresarios industriales más amenazados por la reforma. Antes de que el ejército asumiese su defensa, los intereses de éstos habían sido defendidos por algunas organizaciones políticas de derechas. Para la mayor de ellas, la clerical y autoritaria Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), la intervención militar señalaba el fracaso de su táctica de caballo de Troya para bloquear la reforma sin salirse

15. Para unos estudios locales excelentes de una militancia nacida de la desesperación y del conflicto entre sindicatos, véase, entre otros muchos, Santos Juliá Díaz, *Madrid, 1931-1934: de la fiesta popular a la lucha de clases* (Madrid, 1984), pp. 147-208; José Manuel Macarro Vera, *La utopía revolucionaria: Sevilla en la Segunda República* (Sevilla, 1985), pp. 156-71, 214-42, 279-305, 446-81; David Ruiz, *Insurrección defensiva y revolución obrera* (Barcelona, 1988), pp. 84-97; Graham Kelsey, *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón, 1930-1938* (Madrid, 1994), pp. 85 ss.

de los límites de la legalidad republicana. Para los demás, los anacrónicos carlistas de la comunión tradicionalista, los monárquicos radicales de Renovación Española y los fascistas de camisa azul de Falange Española, el alzamiento representó la satisfacción de su compromiso «catastrofista» con el derrocamiento de la República.¹⁶

Con unas pocas y notables excepciones, las bases y los líderes de las organizaciones tanto legalistas como «catastrofistas» se alinearon con presteza junto al ejército, proporcionando la carne de cañón necesaria para el esfuerzo bélico rebelde y la dase política de la zona insurrecta. Esto se formalizó en abril de 1937 mediante la llamada «unificación», por la que los grupos derechistas de preguerra se subsumieron en la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. El hecho de que esta extraña amalgama tomara su nombre y su enfoque de la Falange encontró poca resistencia en los otros grupos, que hasta ese momento habían considerado a la Falange como una chusma hampona y pendenciera que podía ser financiada de un modo rentable. Las razones de tanta prudencia fueron diversas. El reconocimiento de la importancia de los factores económicos y políticos en juego durante la guerra sofocó las manifestaciones de orgullo herido que podrían haber quebrado la unidad necesaria para la victoria. Además, la ayuda proporcionada a los rebeldes por Hitler y Mussolini contribuía a crear una creencia entusiasta en que el orden del mundo futuro sería fascista. En cualquier caso, ello no violentó la conciencia de la derecha, puesto que, incluso antes de la guerra, la atracción por el fas-

16. Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War* (en adelante, *CSCW*) (Londres, 1978), pp. 188, 200; Javier Tusell, *Historia de la democracia cristiana en España*, 2 vols. (Madrid, 1974), vol. II, pp. 266-83; José María Gil Robles, *No fue posible la paz* (Barcelona, 1968), pp. 729 y ss.; Joaquim Lleixà, *Cien años de militarismo en España: funciones estatales confiadas al Ejército en la Restauración y el franquismo* (Barcelona, 1986), pp. 197-247.

cismo era un rasgo común a todas las organizaciones derechistas españolas.¹⁷

No es, pues, sorprendente, dada la exagerada alabanza con que se colmaba a los regímenes alemán e italiano y la proliferación de ramas juveniles militarizadas, que la izquierda española considerase a estas organizaciones, indiscriminadamente, como fascistas. Y aún es menos notable que el esfuerzo bélico de Franco, respaldado por las potencias del Eje y con una fachada falangista, fuese visto por sus contemporáneos, tanto españoles como extranjeros, como una empresa fascista. Las subsiguientes exageraciones del nazismo y la barbarización de la guerra en el frente oriental, junto con los constantes esfuerzos de Franco para apartarse del Eje a partir de 1943, contribuyeron en gran medida a socavar la fácil identificación del franquismo con el fascismo. Ciertamente, durante los últimos veinte años algunos expertos han insistido en el hecho de que el franquismo no era lo mismo que el hitlerismo y han sido influidos por el desarrollo, muy poco fascista, de España a partir de 1957.¹⁸ Estas especulaciones han dado como resultado un consenso cada vez más generalizado en torno a la idea de que el franquismo *nunca* fue realmente fascista, sino más bien una variante de autoritarismo limitado y semipluralista. Algunos autores han ido todavía más lejos al postular, explícita o implícitamente, el punto de vista de que el estudio significativo del fascismo en España se debería limitar a Falange Española.¹⁹

17. *El Debate*, 25 julio, 28 octubre 1933; *El Socialista*, 29,30 octubre 1933; Paul Preston, «Alfonsine Monarchism and the Coming of the Spanish Civil War», *Journal of Contemporary History*, vol. VII, n.º 3/4, 1972, pp. 100-102; Preston, *CSCW*, pp. 42-3,46-50, 88; Martin Blinkhorn, *Carlism and Crisis in Spain 1931-1939* (Cambridge, 1975), pp. 163-81.

18. Un ejemplo extremo de esta tendencia se encuentra en Charles W. Anderson, *The Political Economy of Modern Spain: Policy-Making in an Authoritarian System* (Madison, Wisconsin, 1970).

19. Curiosamente, dos autores con puntos de vista muy distintos han dado a sus estudios de la Falange títulos que sugieren que el fascismo espa-